

8. LA NATURALEZA DEL GOBIERNO DI- VINO.

"Mis tiempos están en Tu mano.

¿Por qué he de dudar o temer?

La mano de mi Padre nunca causará

A su hijo una lágrima innecesaria".

- William F. Lloyd

Dios es "nuestro Padre", y fue su designio que lo reconociéramos como tal, y que, así unidos en él, todos los seres inteligentes encontraran una hermandad universal. Siendo esto cierto, se deduce que las leyes de Dios y sus métodos para hacerlas cumplir -en resumen, todo su trato con nosotros en este mundo- son los de un padre amoroso y sabio con sus hijos.

Tomemos una ilustración común y casera. El niño pequeño quiere comer la fruta inmadura. ¿Por qué? - Por el placer de comerla. El hecho es que, mirándolo en el sentido más amplio, el placer - la felicidad - es la búsqueda universal de la vida. Con este problema todas las religiones y filosofías tienen que tratar.

El epicureísmo enseña a sus votantes a buscar el placer en los fantasmas fugaces de la hora que pasa. El estoicismo trata de hacer a los hombres indiferentes al deseo de felicidad, es decir, por extraño que parezca, busca que los hombres estén contentos o *felices* sin la felicidad. El budismo enseña que la existencia consciente es la miseria, y que por lo tanto la felicidad es inalcanzable salvo en el nirvana, o extinción del ser, mediante la absorción en la Deidad.

El cristianismo tiene el honor de haber enseñado el único camino posible para conseguir esta búsqueda universal. Hemos de encontrarla olvidándola; y hemos de olvidarla para nosotros mismos en el ansioso deseo de ganarla para los que nos rodean. La felicidad es una doncella tímida que siempre elude el asimiento demasiado ansioso del buscador egoísta; pero cuando se olvida el yo al servicio de los demás, el corazón emocionado se da cuenta de su presencia, y la mirada, por un momento, se posa en su rostro sonriente.

Pero volvamos a la ilustración: El niño, en su deseo de comer la manzana verde sólo tiene en cuenta los pocos minutos que tarda en comerla. Se olvida del futuro en el deseo del placer presente. El padre le dice: "Basta, niño, no comas esa manzana". ¿Por qué esta prohibición? ¿Es que el padre desea ejercer su autoridad? -- No. El padre ama al niño. Él toma más el tiempo en consideración que el niño. No sólo piensa en esos pocos minutos mientras el sabor de la manzana está en la boca, sino que piensa en el día siguiente de enfermedad y dolor, y la posible muerte, y con amor dice: "No lo harás".

Supongamos que el niño es sorprendido de nuevo comiendo la fruta. El padre le dice, "Johnnie, si vuelves a comer una de estas manzanas, te azotaré". ¿Por qué? ¿Está el padre enfadado con el niño? ¿Y se propone vengarse azotándolo? ¡Ah, no! Dice en su corazón: "El niño no comprende del todo mi razón para negarle ese codiciado placer; pero no debe comer esa fruta, le matará. Le daré un motivo para que se abstenga que él entenderá".

Todo esto es amor por parte de los padres. Para el niño en ese momento puede parecer arbitrario y duro, pero cuando llegue a verlo desde el punto de vista del padre y sepa por qué se lo prohibió, le agradecerá y amará por la prohibición.

Así es también el trato de Dios con nosotros. Somos niños aquí abajo en la oscuridad. Vemos niños aquí abajo en la oscuridad. Vemos sólo un pequeño camino, envueltos como estamos en esas sombras. Nuestra vida, mirada con otros ojos que el ojo de la fe, "es un valle estrecho entre las frías y áridas cumbres de dos extremos." "Nos esforzamos en vano por mirar más allá de las alturas." En el mejor de los casos, al principio sólo tenemos en cuenta esta pequeña vida, limitada por el estrecho espacio entre la vigilia y el sueño.

Pero esto es sólo el *hoy* de nuestra existencia. El mañana - ¡ah, ese ¡mañana! Cómo se abre para nosotros, a la vista de Dios, en el gran y profundo mar de la eternidad. La eternidad. ¿Quién puede decirnos lo que nos depara? Porque también viene de la mano amorosa de un Padre, y rebosa de sus bendiciones. ¡Qué posibilidades de placer se encuentran aquí, superando nuestro más alto sueño! "El ojo no ha visto, ni el oído ha escuchado, ni ha entrado en el corazón del hombre, lo que Dios ha preparado Dios para los que le aman."

Pero todas estas posibilidades del mañana dependen del buen uso del hoy. Dios ve el final desde el principio. Él sabe lo que tiene para nosotros en

esas distancias más allá del alcance de nuestra visión. Él ve las edades que se levantan y a nosotros levantándonos para enfrentarnos a ellas, con una capacidad cada vez mayor de felicidad, y sin embargo, esa capacidad siempre llena hasta desbordarse. Dios conoce el único camino que nos lleva por ahí, y es el camino de la justicia. Él dice con amor, "Este camino, hijo mío, este camino".

Amplios y numerosos son los caminos que conducen a la muerte. Cuántas veces, atrapados por el brillo de alguna promesa actual de placer, nos desviamos por algunos de estos caminos, sólo para oír al Padre decir: "No lo debes hacer, hijo mío, no lo debes hacer." Si en lo que parece ser la pendiente soleada de la indulgencia sensual y egoísta vemos la señal de "No pasar por aquí", la mano del Padre la puso allí para devolvernos al camino que lleva a la fuente del sol.

Satanás nos tentaría siempre a olvidar el futuro, con sus ilimitadas posibilidades, en la búsqueda del presente voluble, con sus alegrías fugaces. Él nunca levanta la copa de cristal de la felicidad al labio humano, sino para arrojarla a los pies tan pronto como se beba una sola gota, y entonces se queda señalando los fragmentos rotos con una risa diabólica. Todos los anzuelos con los que tienta al alma a pecar no son sino la fabulosa bolsa de oro al final del arco de la promesa. A medida que perseguimos, el arco retrocede ante nosotros, y finalmente se pierde de vista en la negrura de la tormenta que se avecina, y hasta la promesa de placer se desvanece.

Así los hombres abandonan al Señor, la única fuente verdadera de agua viva, para seguir algún espejismo tentador en el desierto. Siguen y siguen, sin tener en cuenta las sombras que se alargan, estimulados siempre por una sed que sólo el agua viva puede satisfacer, y por la que Dios quiso conducirlos a él. El espejismo se desvanece con el sol poniente, y el alma se

encuentra sola en la oscuridad creciente, rodeada sólo por las arenas estériles de una vida mal empleada.

Escucha el testimonio de uno que ha recorrido este camino hasta el borde mismo del precipicio de la desesperación, aferrándose a cada nueva promesa y confiando al final solo en el consuelo del afecto humano. Mientras este último objeto de su esperanza y confianza se le escapaba de las manos, arrastrado irresistiblemente por la cruel garra de la tisis, se desprende de este lamento: --

*"¿Qué es nuestro amor con su tinte de lujuria,
Sus placeres que nos duelen, su dolor que nos enternece,
sino la alegría en un brazo lleno de polvo hermoso,
que se desmorona y vuela en las alas de los años."*

Dios no quiere que confiemos en estos placeres fugaces. Todo lo que hay de verdadera felicidad, incluso aquí, viene de él. Su ley revela esos principios, cuya obediencia hace posible la felicidad tanto aquí como en el futuro. Él está siempre tratando de persuadirnos de que vivamos y actuemos, no en el hoy y el mañana como vienen y van, sino en la eternidad con él.

Su ley es el camino de la santidad por el que caminarán los rescatados cuando regresen y lleguen a Sión con cánticos y alegría eterna, para obtener gozo y alegría, mientras huyen la tristeza y los suspiros. Es para volvernos a este camino que él, por amor, nos aflige aquí. Una vez en este camino, el sendero se eleva y se ensancha ante nosotros, llegando hacia arriba a través de vistas ilimitadas, hasta perderse en la gloria que rodea el trono.

Herbert Spencer, en sus "Datos de Ética", dice que la base de las distinciones éticas no es la voluntad revelada de Dios. El hombre no necesita tal revelación. Puede, a través de la experiencia, elaborar su propia ley. Luego continúa mostrando que todo principio justo es justo porque tiende a la felicidad de todos los seres inteligentes creados, y que todo principio erróneo es erróneo porque tiende a su miseria. Con esto cree haber eliminado la necesidad de una revelación de la voluntad divina; y como cree que no hay necesidad, niega el hecho de tal revelación.

¿Quién no ve que su lógica, en lugar de negar la necesidad de tal revelación, simplemente eleva esa revelación por encima del reino del mero decreto arbitrario, a la región del amor paternal? Es cierto que el niño, *si no muriera del cólera morbus*, podría haber descubierto con mucho dolor que comer fruta inmadura no conducía a la felicidad. El amor del padre le ahorraría esa pena. Si no existiera el diablo tentador, el hombre a través de incontables edades de sufrimiento, y cuando generación tras generación se hubiesen perdido irremediabilmente sin haber descubierto el camino correcto, -- el hombre podría por fin llegar a conocer algo de estos principios de los que depende la felicidad, y así "evolucionar su propia ley". Pero incluso entonces se encontraría tan atado por las cadenas de los malos hábitos ya contraídos, que el bien que quisiera hacer, no lo podría hacer; y así incluso entonces necesitaría un Salvador, y la revelación divina de él.

Dios, en la revelación de su ley, salvaría al hombre de todo esto, y daría al primer hombre una oportunidad de felicidad y vida eterna igual a la del último hombre, que una ciencia falsamente llamada siempre balbucea como la esperanza de las edades venideras, la corona de la evolución.

Sí, el camino de Dios es siempre el mejor, porque su camino es el del amor. El amor del Padre no se contenta con hacer posible la felicidad de la raza, después de siglos de miseria y



sufrimiento, sino también al individuo, y trae la posibilidad de felicidad sin fin a todo corazón hambriento. Este es el "por qué" de la ley de Dios. Por eso se la dio a Adán en el principio. Este "por qué", como el motivo de todo lo que hace Dios, es simplemente el amor, porque Dios es amor.